

DISCURSO INAUGURAL

DEL AÑO ACADÉMICO DE 1864 Á 1865

POR EL

EXCMO. SR. D. JOSÉ CAVEDA.

(SESION PÚBLICA DE 17 DE SETIEMBRE DE 1865.)

EL GRABADO EN ESPAÑA HASTA LOS PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO XVIII.

SEÑORES: Al cumplir con un precepto de los Estatutos de la Academia en la solemnidad que aquí nos reúne, quisiera yo interpretar fielmente su amor á las artes, poner de manifiesto sus importantes tareas para fomentarlas; el vivo afán, la tierna solicitud, el ilustrado celo con que ha contribuido siempre á su progreso. Pero superior el empeño al deseo, menguados los propios recursos, si es grande la voluntad, y debiendo el puesto que ocupo primero á la benevolencia que á mis escasos merecimientos, ¿qué podré decir hoy para corresponder dignamente á la confianza de esta corporacion y á las esperanzas del público que nos honra con su asistencia? Otros más afortunados y con un conocimiento de las bellas artes de que yo carezco, hallarian sin duda en su historia un vasto campo para encarecer toda su importancia, para demostrar la influencia que constantemente han ejercido en el buen gusto, las costumbres, el carácter y la cultura de los pueblos; para ofrecer á sus cultivadores estímulos de gloria, nobles y elevados pensamientos, provechosas enseñanzas. Se las ofrecerian entre nosotros los monumentos de Herrera y Valdevira; los lienzos de Velazquez y Murillo; las esculturas de Becerra y Berruguete; los atinados esfuerzos del literato

y el artista de nuestros días para reanimar el espíritu creador, la inspiración divina que produjo estas obras inmortales.

Si de todas poseemos juicios exactos y luminosas apreciaciones, si la filosofía y la historia de consuno nada perdonaron para ilustrarlas, no cupo por desgracia al grabado tan buena suerte. Falta todavía el historiador que saque del olvido sus altos merecimientos, y nos ofrezca los rasgos característicos de su fisonomía propia. Son estos de tal naturaleza, se prestan de tal manera á las consideraciones del artista, y surgen tan espontáneamente de los hechos, que todavía, á pesar de mi justa desconfianza, voy á consagrarle algunos recuerdos, siguiéndole en su desarrollo progresivo desde su introducción en España, hasta el establecimiento de la Real Academia de San Fernando. Así será como el atractivo y novedad del objeto fijarán la atención, que yo no puedo esperar de mis escasos recursos, olvidado el disertador por la importancia misma del argumento que ha elegido.

Con las ciencias, las letras y las artes, se desarrolló entre nosotros el grabado promovido por ellas, como un medio necesario á sus adelantos, como la representación de sus enseñanzas, como el fiel intérprete y el reproductor de aquellas verdades cuya abstracción exigía, para que fuesen bien apreciadas, convertirlas en imágenes sensibles, poniéndolas al alcance de todos. Atiéndase á sus primeras aplicaciones, á los fines de sus promovedores, á los estrechos vínculos que desde su mismo origen le enlazaron con la imprenta, y se echará de ver que bien pronto, al apreciarse en todo su valor la importancia de sus diversos usos, vino á convertirse en un ornamento de las letras y en fiel auxiliar de la memoria, reproduciendo con la representación de los objetos físicos y morales las impresiones que la lectura ha dejado en el ánimo y que el tiempo debilita ó desvanece.

No fué ciertamente España quien produjo tan peregrino invento; pero si no le cabe esta gloria, nadie le negará la de contarse entre los primeros pueblos que con más empeño procuraron extenderle. Sirviéronle desde bien temprano sus más preciadas inspira-

ciones para dar mayor realce á las obras literarias, y las de una religiosa piedad en cuya publicacion empezaba á ensayarse la imprenta al empezar la segunda mitad del siglo XV. Así era preciso que fuese donde Mena, Santillana y Manrique prestaban á la sociedad nuevos encantos con sus versos divinos: donde Fernan Perez de Guzman, Alonso de Cartagena, Diego Valera, Rodriguez del Padron, Carrillo de Albornoz, Hernando de Pulgar y poco despues Ocampo, Morales, Garibay, Zurita y Mariana devolvian á la historia su dignidad perdida; donde el Brocense, Oliva y Nebrija restauraban el idioma del Lacio, rudo y menesteroso en la pluma de sus antecesores: donde la hermosa lengua castellana pulida y perfeccionada, rica y armoniosa á maravilla, tan admirablemente se prestaba á la expresion de los sentimientos más nobles y elevados, á la flúida narracion histórica, á la uncion del misticismo religioso, á cantar las alabanzas de Dios, á penetrar de sus bondades el corazon del verdadero creyente.

En medio de este desarrollo intelectual, y cuando su benéfica influencia se deja sentir en todas las clases y condiciones, aparece el grabado entre nosotros, seguro de que por peregrinas y provechosas serán recibidas con reconocimiento sus primicias, como precursoras de frutos más cumplidos. Imperfecto entonces, limitado á tímidos ensayos y poco seguro todavía en sus procedimientos, empieza por valerse de las planchas de madera y de líneas faltas de tersura y groseramente combinadas. Sencillo el mecanismo, corta la fatiga para obtener un pronto resultado, fácil la ejecucion, al alcance de todas las fortunas sus productos y en breve plazo reproducidos, bastan á satisfacer las exigencias de la sociedad sencilla, que le admira sin presentir la posibilidad de su progreso y los triunfos que le aguardan en un cercano porvenir. Así es como el grabado en madera precede al dulce con planchas de hierro, cobre y acero, y como despues de inventado este último todavía conserva su popularidad. No ha de extrañarse; bastaba entonces á las miras de la devocion pública y á las empresas literarias que le empleaban. Queriase solo un ornamento de los libros, un signo piadoso que recordase la me-

y el artista de nuestros días para reanimar el espíritu creador, la inspiración divina que produjo estas obras inmortales.

Si de todas posemos juicios exactos y luminosas apreciaciones, si la filosofía y la historia de consuno nada perdonaron para ilustrarlas, no cupo por desgracia al grabado tan buena suerte. Falta todavía el historiador que saque del olvido sus altos merecimientos, y nos ofrezca los rasgos característicos de su fisonomía propia. Son estos de tal naturaleza, se prestan de tal manera á las consideraciones del artista, y surgen tan espontáneamente de los hechos, que todavía, á pesar de mi justa desconfianza, voy á consagrarle algunos recuerdos, siguiéndole en su desarrollo progresivo desde su introducción en España, hasta el establecimiento de la Real Academia de San Fernando. Así será como el atractivo y novedad del objeto fijarán la atención, que yo no puedo esperar de mis escasos recursos, olvidado el disertador por la importancia misma del argumento que ha elegido.

Con las ciencias, las letras y las artes, se desarrolló entre nosotros el grabado promovido por ellas, como un medio necesario á sus adelantos, como la representación de sus enseñanzas, como el fiel intérprete y el reproductor de aquellas verdades cuya abstracción exigía, para que fuesen bien apreciadas, convertirlas en imágenes sensibles, poniéndolas al alcance de todos. Atiéndase á sus primeras aplicaciones, á los fines de sus promovedores, á los estrechos vínculos que desde su mismo origen le enlazaron con la imprenta, y se echará de ver que bien pronto, al apreciarse en todo su valor la importancia de sus diversos usos, vino á convertirse en un ornamento de las letras y en fiel auxiliar de la memoria, reproduciendo con la representación de los objetos físicos y morales las impresiones que la lectura ha dejado en el ánimo y que el tiempo debilita ó desvanece.

No fué ciertamente España quien produjo tan peregrino invento; pero si no le cabe esta gloria, nadie le negará la de contarse entre los primeros pueblos que con más empeño procuraron extenderle. Sirviéronle desde bien temprano sus más preciadas inspira-

ciones para dar mayor realce á las obras literarias, y las de una religiosa piedad en cuya publicacion empezaba á ensayarse la imprenta al empezar la segunda mitad del siglo XV. Así era preciso que fuese donde Mena, Santillana y Manrique prestaban á la sociedad nuevos encantos con sus versos divinos: donde Fernan Perez de Guzman, Alonso de Cartagena, Diego Valera, Rodriguez del Padron, Carrillo de Albornoz, Hernando de Pulgar y poco despues Ocampo, Morales, Garibay, Zurita y Mariana devolvian á la historia su dignidad perdida; donde el Brocense, Oliva y Nebrija restauraban el idioma del Lacio, rudo y menesteroso en la pluma de sus antecesores: donde la hermosa lengua castellana pulida y perfeccionada, rica y armoniosa á maravilla, tan admirablemente se prestaba á la expresion de los sentimientos más nobles y elevados, á la flúida narracion histórica, á la uncion del misticismo religioso, á cantar las alabanzas de Dios, á penetrar de sus bondades el corazon del verdadero creyente.

En medio de este desarrollo intelectual, y cuando su benéfica influencia se deja sentir en todas las clases y condiciones, aparece el grabado entre nosotros, seguro de que por peregrinas y provechosas serán recibidas con reconocimiento sus primicias, como precursoras de frutos más cumplidos. Imperfecto entonces, limitado á tímidos ensayos y poco seguro todavía en sus procedimientos, empieza por valerse de las planchas de madera y de líneas faltas de tersura y groseramente combinadas. Sencillo el mecanismo, corta la fatiga para obtener un pronto resultado, fácil la ejecucion, al alcance de todas las fortunas sus productos y en breve plazo reproducidos, bastan á satisfacer las exigencias de la sociedad sencilla, que le admira sin presentír la posibilidad de su progreso y los triunfos que le aguardan en un cercano porvenir. Así es como el grabado en madera precede al dulce con planchas de hierro, cobre y acero, y como despues de inventado este último todavía conserva su popularidad. No ha de extrañarse; bastaba entonces á las miras de la devocion pública y á las empresas literarias que le empleaban. Queriase solo un ornamento de los libros, un signo piadoso que recordase la me-

moria de un Santo ó la sublimidad y grandeza de un misterio, no el primor y el refinamiento del arte, cuyas bellezas no podian ser bien apreciadas por la generalidad de un pueblo primero guerrero que artista, y antes dominado por el ascetismo que amigo del lujo y de las peregrinas inspiraciones del ingenio.

En la imprenta recientemente inventada ha de buscarse desde la segunda mitad del siglo XV el poderoso auxiliar, el móvil más activo del grabado en madera y de su propagacion entre nosotros. Los alemanes, al llevarla á todas partes, se propusieron dar á su invento nuevo precio, allegando á la tipografía las estampas, las orlas, las letras floreadas, las ingeniosas viñetas y caprichosas fantasías que engalanasen las páginas impresas, combinando la novedad de la reproduccion del pensamiento con las imágenes sensibles que más fácilmente y con más deleite le grabasen en el ánimo de los lectores. Ó el mismo impresor poseia tambien el arte del grabado, ó bien se asociaba al que lo ejercia para dar más subido precio á los productos de su imprenta. Así lo comprueban muchos monumentos de ese tiempo, y así es como Mateo Flandero establece sus prensas en Zaragoza el año de 1475, mientras que en el de 1478 funcionan en Valencia las de Nicolás Spindoler. De la misma ciudad salen tambien las impresiones del sajón Botel; de Barcelona las de Pedro Brun por los años de 1482, y de Lérida las de Lamberto Palmart desde 1479 hasta 1484.

Ó por este tiempo ó poco despues generalizan sucesivamente la imprenta entre nosotros con el grabado en madera, que hace más peregrino el invento, los alemanes Pedro de Colonia, Estanislao Polono, Hurus, Basilea, Fed, M. Ungut, J. Rosembach, G. de Brocard y otros de que las memorias contemporáneas nos ofrecen notables recuerdos. Aun hoy se conservan en nuestras bibliotecas muchas de las obras que entonces salieron de sus prensas, y cuya exactitud, limpieza y correccion son por cierto de admirar, y nos prueban que la imprenta, diestramente servida, ha nacido casi perfecta.

Es muy eficaz y general el ejemplo, muy seductora la novedad, grande y provechosa la aplicacion, para que muchos españoles dejen

de formarse al lado de estos extranjeros, rivalizando con ellos en ingenio y destreza. La imprenta de Pedro Brun desde bien temprano ilustra á Barcelona, la de Mateo Ventrell á Gerona, mientras que otras ciudades del reino admiran las ediciones de Pedro Rosa, Diego Gumiel, Antonio Martinez, B. Segura, Alfonso de Orta, Antonio Centenera, Juan de Búrgos, Juan Rey, Juan Vazquez, Juan Tellez y los demás de que se encuentran curiosas noticias en nuestras bibliografías. Y no es solo de encarecer en los libros que dan á la luz la elegancia de la tipografía, la pureza y rectitud de las líneas, la precisión é igualdad de las márgenes y el esmero y belleza del conjunto: los recomiendan igualmente las estampas y viñetas de que va el texto acompañado. Es verdad; el arte se manifiesta en ellas inexperto y rudo todavía; pero ingenioso imitador y fiel intérprete del espíritu, las ideas y las costumbres de la sociedad, siempre fecundo en útiles enseñanzas. Bajo este punto de vista, sobre todo, es como despiertan la curiosidad del historiador y del arqueólogo los grabados en madera que bastante generalmente adornan los libros de los últimos años del siglo XV y los primeros del XVI.

Más atentos entonces los grabadores al progreso del arte que á la propia reputacion, tarde trasmitian sus nombres á la posteridad en las obras de mayor aprecio para acreditarlos. Inútil es ya la pretension de descubrirlos, supliendo con aventuradas conjeturas el silencio que los envuelve en una impenetrable oscuridad. Los monogramas é iniciales de que algunas estampas van acompañadas como signo característico de sus autores, son hoy un verdadero logogrifo, vano el afan con que algunos curiosos pretenden descifrarlos. Una larga observacion ha demostrado su falta de correspondencia en general con los nombres de los impresores, por lo comun alemanes, establecidos en España.

Al alternar con los caractéres los clichés ó moldes de las viñetas y figuras, atendian ménos á la delicadeza y finura de las líneas y á su más acertada combinacion, que á procurar un recuerdo, una impresion fugitiva de los hechos y las sentencias con que alimentaban su curiosidad y su espíritu la religion y la historia. Tosca á menudo

y desabrida la ejecución, poco variados los lineamientos, áspero el rayado, angulosas las formas y frecuentemente descuidado el dibujo, todavía en estas primeras tentativas se encuentran composiciones ingeniosas, una agradable sencillez, cierta elegancia y riqueza en los trages, capricho y variedad en los accesorios, y datos en extremo curiosos para apreciar la indumentaria de la época. En nuestras crónicas generales, en las particulares de personajes ilustres, en los libros de caballería, y más aún en los tratados ascéticos y las vidas de los Santos, aparecen estas cualidades características del grabado en madera tal cual entonces se practicaba, mayor ó menor su precio segun el mérito y la importancia de las obras en cuyo ornato se empleaba. Notables son, entre otras estampas, las de la crónica de San Fernando; las de la vida de Santa María Magdalena, escrita por mo- sen Jaime Gazull el año de 1496, é impresa en Valencia el de 1505; las 25 ó 26 que ilustran la vida de Santa Catalina de Sena y que Ja- fre dió á luz en la misma ciudad por los años de 1511. Nótase en ellas la singularidad de que con un carácter esencialmente español, y ménos delicadas y perfectas que las de algunos extranjeros, no participan ya del estilo característico de la escuela alemana, ni de los pliegues angulosos y los ropajes complicados y las figuras larguiruchas y los tocados ajenos á Castilla y Aragón; así como tam- po del aire grave y la forma oblonga de las cabezas. Esta diferencia, que no puede ocultarse á los ménos conocedores, y que supone el origen de una transición entre el arte antiguo y el que bien pronto debe reemplazarle, se echa de ver sobre todo en las voluminosas y repetidas ediciones del *Flos Sanctorum* del P. Vega, impreso en Se- villa el año 1568, en Alcalá el de 1569, en Medina del Campo el de 1578. Alternan en esta obra, tantas veces reproducida, las deli- cadas estampas de procedencia alemana, con las rudas y poco dete- nidas de autores españoles, habiendo servido las primeras para la edición de Zaragoza del año 1524, y agregándose á ellas las segun- das en las impresiones posteriores.

Pero si en los ensayos practicados al terminar el siglo XV y en los primeros años del XVI se advierten las faltas del aprendizaje, el

conato de imitar mal secundado por una mano inexperta, el buril que obedece rastreramente á la inspiracion que quiere dirigirle, no es ya posible desconocer el progreso alcanzado algun tiempo despues. El grabador español más desembarazado entonces y resuelto, mejor dibujante y menos atenido al goticismo germánico, al evitar la sequedad y encogimiento de sus anteriores trabajos, rivaliza ya con el extranjero y en la valentia de la ejecucion, en la limpieza de los perfiles y el sabor clásico de que nuestros escultores y pintores empezaban á darle honrosas pruebas. Guiábale el espíritu de Berruguete y Becerra, de Juanes y Morales. No le desmienten ciertamente algunos grabados de los artistas españoles que entonces florecian. De Arfe, tal vez perteneciente á la familia de los célebres plateros que llevan el mismo apellido, existe la portada de la Genealogia de los Girones, que escribió Gerónimo Gudiel, impresa en Alcalá el año de 1577. Es notable este grabado en madera, si no por la pureza y valentia del buril, á lo menos por el buen gusto y el sabor clásico del dibujo, segun las máximas de la escuela florentina. Coronado por un frontispicio aparece aqui el escudo de armas de los Girones, entre las figuras alegóricas de la Prudencia y de la Fortaleza. Como correspondiente á la misma época, hace memoria el Padre Burriel de las estampas que el famoso platero Juan Arfe de Villafañe diseñó y grabó con planchas de plomo para adornar el poema titulado *El caballero determinado*, escrito en francés por Oliver, traducido al castellano por Pedro Laso en quintillas, é impreso en Salamanca el año de 1575.

Desde los primeros años del siglo XVII, el grabado en madera, por lo fácil y económico ya difundido en todas partes, se muestra lozano y vigoroso, popular é inseparable de la imprenta. En Cataluña y Valencia, sobre todo, aparece más pulido y castizo, y se emplea hasta en las trovas y cantares y los romances caballerescos de que todavía se conserva viva la aficion, poco despues amortiguada, si no de todo punto extinguida por la intencionada y festiva sátira de Cervantes. ¿Quién no conoce, por ejemplo, las viñetas vulgares que ilustran las ediciones de *Los doce pares de Francia*?

Ni la abundancia y generalidad de las magnificas estampas de los más célebres artistas nacionales y extranjeros, ni su circulacion entre las gentes de buen tono, ni la mayor cultura y la proteccion dispensada á las bellas artes bastaron á olvidar de todo punto el grabado en madera durante la primera mitad del siglo XVIII. Valencia, que siempre le habia cultivado con empeño, produce entonces muchas estampas de santas imágenes, con que se adornan sobre todo los libros devotos consagrados á la Virgen ó á las virtudes de los Santos patronos del reino. Como á porfía, se reproducen tambien en sus prensas láminas de medio fólío, entre las cuales se distinguen algunas por lo correcto del dibujo, si bien el rayado poco detenido las hace rudas y desabridas. Más que el amor al arte las producía entonces la especulacion, segura la venta y nunca indiferente la piedad del público á la contemplacion de las angustias del mártir, á las penitencias del anacoreta, á las austeras privaciones del cenobita, al virginal pudor de las doncellas consagradas á la mortificacion y la soledad en el silencio de los cláustros. Á esta clase de grabados corresponden el San Serapio, por algunos atribuido á Juan Suarez Valenciano; la Santa Águeda y otras imágenes debidas á P. Escalpez; el San Antonio que lleva la marca Q. R. E., y otras menudas estampas, como las de Santa Clara, Santa Casilda y todas aquellas á quienes se atribuía un patrocinio especial, y cuyo culto promovian á porfía las órdenes religiosas, los cabildos eclesiásticos, los santuarios y las cofradías.

Más difícil y costoso el grabado en dulce con planchas de cobre ó acero, más tarde tambien introducido en España, y exigiendo de sus cultivadores largas tareas, constancia suma y conocimientos del arte al alcance de pocos, ni aun en los mejores dias del siglo XVI, cuando tanto progresaban las bellas artes por todos protegidas, pudo desarrollarse en grande escala y ser objeto de una particular predileccion como era necesario para competir con los demás ramos de las bellas artes. Habia sucedido á la gentileza y graciosa coquetería del Renacimiento, la noble magestad y la sencillez simpática del greco-romano; á la ceguedad y apocado diseño de los antecesores de Antonio

del Rincon, el idealismo de Rafael de Urbino, y la fuerza y vigor de Miguel Angel: con su pincel dulce y pastoso se apropiaba Juanes las buenas prácticas de la escuela romana; conseguia Morales realzar sus piadosas fantasías con la tierna expresion del sentimiento religioso; desaparecian de la estatuaria la sequedad gótica y la rigidez de las formas, y no nos era dado todavía presentar, al lado de los célebres artistas que tales adelantos conseguian, un solo grabador digno émulo de su crédito, y de compartir con ellos el favor y los aplausos del público. No ha de extrañarse, atendidas nuestras particulares circunstancias. Para satisfacer la devocion de las masas bastaban las estampas que producian en todas partes las planchas de madera: para contentar el gusto de las personas ilustradas ó la ostentacion y magnificencia de los grandes, nuestra influencia y poderío en Italia y los Países-Bajos atraian á la córte y las poblaciones más importantes de la Península las mejores estampas que allí se producian.

Con abundancia circulaban entonces entre nosotros las celebradas de Marco Antonio Raymondi y sus discipulos é imitadores, así como las de Lúcas de Leiden, de Alberto Durero y de los demás artistas que la Europa admiraba. ¿Cómo rivalizar con ellos, cuando ni parecia posible acercarse siquiera á su saber y su práctica, ni producir con la misma baratura, ni encontrar un estímulo proporcionado á los sacrificios que el arte exigia para llevarle tan lejos? De aqui que el buril extranjero, reproduciendo á módicos precios las obras maestras de los grandes pintores y escultores, bastase á satisfacer la curiosidad y buen gusto de los que entre nosotros amaban las artes, mientras que el grabado en madera, siempre popular y fecundo, seguia en la posesion de alimentar la piedad pública.

No se pretenda por eso que el grabado en dulce nos fuese de todo punto extraño. Varios de nuestros artistas le cultivaron en el siglo XVI, si bien en un grado inferior á los más acreditados de otras naciones. Nuestra es tambien la gloria de contarnos entre los primeros que manejaron el buril y el agua fuerte empleando las planchas de hierro, cobre y acero. Así lo comprueba la estampa de la Virgen del Rosario grabada por Fr. F. Domenech, que la autorizó con su

firma el año de 1455, si bien, apreciando algunos de otra manera los números que determinan esta fecha, creen que con más razón pueden expresar la de 1488. De todas maneras, para estimar en su justo valor la antigüedad y el precio de tan notable grabado, no ha de perderse de vista que el descubrimiento de Finiguerra para reproducir el dibujo de la reducida plancha de metal que destinó á la iglesia de San Juan de Florencia corresponde al año de 1452, y que este invento reducido á muy cortos límites, solo algunos años después fué empleado en mayor escala y con resultados más cumplidos por Mantegna y otros plateros florentinos que, en vez de emplear las planchas de plata, las sustituyeron como ménos costosas con las de estaño y cobre, dando al grabado otra extensión y las aplicaciones de que en su origen carecía. Adornan, pues, la estampa de Domech tres fajas ó zonas en las cuales representó los misterios gozosos, los dolorosos y los gloriosos con varias y menudas figuras, no escasa de ingenio la composición y detenido el trabajo, aunque revele la inexperiencia é indecisión del que aplica un invento reciente no llevado todavía á toda la galanura y brillantez de que es susceptible. Es de presumir, sin embargo, que no fué esta la primera producción del autor. Otras debieron precederla, si se atiende al buen arreglo del conjunto, á las diversas combinaciones del rayado y á la facilidad y limpieza de las líneas. No se va tan lejos en las primeras tentativas ni se hace un ensayo en papel de á fólio como es el de esta estampa, cuyas dimensiones eran entonces muy poco comunes. Por ménos ha debido empezarse el aprendizaje, y más rudos debieron ser sus primeros trabajos.

Es igualmente apreciable, ya se atiende al interés histórico ya á la antigüedad que respira, el retrato del Príncipe de Viana, grabado también en papel de á folio y con planchas de hierro. Pretenden los inteligentes que sea esta una producción esencialmente española, y se fundan en que, ménos acabada que otras alemanas y francesas de la misma época, no solo demuestra la infancia del arte entre nosotros, sino que respirando cierto carácter de nacionalidad, bien puede suponerse, atendido su objeto, que el autor, cuyo nombre se ig-

hora, sea uno de aquellos industriosos catalanes, entonces diestros imitadores de los inventos útiles y peregrinos á los cuales daban carta de naturaleza. ¿Y dónde como en Cataluña encontraría el desgraciado Principe de Viana tanto amor y tantas simpatías, para que popularizada su imagen fuese en todas partes un grato recuerdo de sus merecimientos? Que allí más que en otras partes contó siempre con entusiastas partidarios, y allí tambien las turbulencias sangrientas que llenaron la tierra de odios y estragos dejaron honda semilla de inquietud y desasosiego, asociando su memoria á la del ilustre personage cuya defensa se consideró como una deuda que la patria satisfacía á la virtud y al infortunio.

Las primeras tentativas para conaturalizar en nuestro suelo el grabado en dulce, no podían ménos de continuarse con más empeño y mayores conocimientos del arte, cuando el desarrollo de las luces y los grandes inventos predisponían los ánimos á toda clase de empresas útiles. España rivalizaba entonces en laboriosidad é ingenio, en poder y cultura con los pueblos más adelantados. Abundaban los pintores y los escultores de un mérito distinguido, y cundía el buen gusto hasta en los talleres del artesano. Entre los orifices y plateros conocedores de los metales, diestros en el arte de fundirlos y en el manejo del cincel, y avezados á los ornatos minuciosos, han de buscarse los que por la índole especial de su misma profesion se dedicaron los primeros al nuevo grabado, produciendo menudas estampas para dar á conocer sus obras de argentería, y particularmente las destinadas al culto, susceptibles de mayor trabajo y riqueza, y de composicion mas artística é ingeniosa. Del platero toledano Pedro Angel llegaron hasta nosotros excelentes estampas, de un buril delicado y esmerada ejecucion, donde igualan la limpieza y el detenimiento á la buena composicion artística. Tales son el magnífico retrato del cardenal Tavera, de muy delicado buril y correcto dibujo, y la preciosa Virgen de cuerpo entero con su divino hijo en el regazo y un bellissimo país en el fondo. ¿De cuántas producciones no ménos estimables no han debido privarnos la incuria de los hombres y las devastaciones del tiempo! ¿Las resistirían unas endebles

hojas de papel que pocos sabian apreciar, cuando las tablas más estimables, ornato de nuestros altares, desaparecieron abandonadas al olvido, llegando solo hasta nosotros un corto número para hacernos sentir la irreparable pérdida de todas las demás?

Cualesquiera que fuesen, sin embargo, nuestros progresos en el grabado en dulce durante el siglo XVI, no llegó á generalizarse como la pintura y la escultura, haciéndose popular y especial objeto de las vocaciones particulares. Dejábase por lo comun á los extranjeros que le habian introducido entre nosotros. Felipe II, tal vez con el objeto de propagarle en el reino, trajo á Flandes al célebre Pedro Paret, que habia grabado en Amberes por encargo suyo los planos, cortes y alzados del monasterio del Escorial. No de tan puro y esmerado buril, pero sí de un correcto dibujo, es la portada que Juan de Diesa grabó en Madrid el año de 1524 para el libro escrito y publicado por Blas de Robles con el título de *Novus et methodicus tractatus de representatione*: figura una gloria de ángeles adorando el misterio de la Trinidad, donde primero es de encarecer la composicion que la inteligencia del arte. Poco más tarde produce el maestro Diego de Zaragoza el año de 1548 la portada de los *Anales de Aragon*, de Gerónimo Zurita. Un cornisamento coronado de dos matronas y sostenido por cariátides de carácter grandioso, y las barras de Aragon en el tablero, constituyen esta composicion, ideada con discernimiento artistico y un dibujo valiente y clásico. Á la misma época corresponden las estampas al agua fuerte de Perez de Alesio, ya muy raras. Se aprecia sobre todo la de San Roque, en una hoja de nueve pulgadas y media de alto y seis de ancho. Con una práctica más segura del rayado y mano más certera, nos da sus celebrados mapas Hernando de Solís, adornándolos con medallas y figuras alegóricas de buen gusto. Los del Asia, el África, la Europa y la América, así como el globo terráqueo que grabó el año de 1598, le acreditan altamente entre sus contemporáneos. Aun hoy examinan con gusto los inteligentes las medallas que representan á Colon y Américo Vespucio en su Carta geográfica de la América.

Habian precedido á este artista otros no menos estimables, cu-

yas obras se buscan con tanto empeño por los concedores. Los burilistas más acreditados de Alemania y los Países-Bajos encontraban al mismo tiempo seguro mercado para sus producciones en las principales ciudades de Aragón y Castilla, sin que por eso se aumentase el número de sus imitadores entre nosotros.

Otra animacion y otras proporciones adquiere el grabado en dulce desde los primeros años del siglo XVII. Reducido hasta entonces á un estrecho círculo, y escasos sus cultivadores, se extiende y generaliza; gana en limpieza y gallardía, en galanura y gusto pintoresco, si bien no puede colocarse todavía á la misma altura á que algunos burilistas extranjeros le habian levantado fuera de España. Encontraba ahora una opinion más favorable á su desarrollo en las altas clases de la sociedad; proteccion en el Palacio; un auxiliar poderoso en la imprenta y los amigos de las letras. Ninguna obra de mérito veia la luz pública sin que el buril ó el agua fuerte la realizase con estampas que la diesen mayor precio. Ó la lisonja ó la apreciacion del verdadero mérito confiaban al grabado la imágen de los varones ilustres, mientras que la devocion pública multiplicaba las estampas devotas. Eran las de mayores dimensiones, que reproducian los cuadros originales de los grandes pintores, un ornato de las habitaciones, una curiosidad en el gabinete de los hombres ilustrados, un estudio en el taller del pintor y del estatuario, una ocupacion tenida en estima que aseguraba la reputacion y el bienestar de muchos. Debiéronse particularmente estos adelantos del buril á la concurrencia de los artistas extranjeros atraidos á nuestro suelo ó por la munificencia de los monarcas, ó por la riqueza y el fausto de la corte y de las principales ciudades del reino. Sucesivamente fijaron en ellas su residencia, Bernardo Heylan, que se estableció en Granada; Francisco Heylan, procedente de la misma escuela y grabador en Sevilla; Ana Heylan, de buril delicado y limpio, aunque poco vigoroso; Diego de Astor, discípulo del Greco, al cual se deben las láminas de la *Historia de Segovia* escrita por Colmenares; M. Asinsio, á quien acredita grandemente el retrato de doña Margarita de Austria, ejecutado en 1616 con delicadeza suma; Alardo Popma,

fijado en Madrid á principios del siglo XVII, cuyas muchas estampas se distinguen por la correccion y el espíritu que faltaba á la mayor parte de sus contemporáneos; el flamenco Schorquens, buen dibujante y esmerado burilista, pero falto de nervio, como entre otras muchas obras lo acreditan las portadas del *Viaje de Diego de Paredes*, dado á luz por Tamayo de Vargas, y la de *Las grandezas de Madrid* del maestro Gil Gonzalez Dávila; Juan Noort, mejor burilista que dibujante, fecundo é infatigable en el trabajo, autor de varios retratos y de muchas portadas de libros; Juan de Courbes, acreditado en Madrid, donde produjo los retratos de Enrique III, Lope de Vega, Góngora y Moreno de Vargas; Pedro Ángelo, que vivia en Toledo, de cuyo mérito es entre otras una muestra el retrato del cardenal Tavera y el de Cisneros que Cean Bermudez califica de excelente; Pompeyo Roux, residente en Barcelona, autor de la portada del libro que lleva por título *Consideraciones sobre los Evangelios de los domingos de adviento*, produccion de Fr. Francisco Cabrera; Roberto Cordier, que grabó las cien estampas de los *Emblemas* de D. Juan Solorzano y Martin de Rosswood, del cual se encuentran todavía algunos retratos y estampas devotas.

Otros burilistas extranjeros de ménos nombradía ejercian entonces entre nosotros su arte, haciéndole popular; pero ninguno ha debido influir de una manera tan directa y provechosa en su progreso y desarrollo como el francés Pedro Perret, ya se considere su mérito y el nombre de las obras que produjo, ya su larga permanencia en Madrid, igualmente favorecido del trono y de la opinion pública. Discípulo de Cornelio Cort, y grabador acreditado del duque de Baviera y del elector de Colonia, halló una acogida proporcionada á su talento y á su incansable laboriosidad, acreditándola en los reinados sucesivos de Felipe II, Felipe III y Felipe IV. ¿Cómo con el ejemplo de tantos profesores distinguidos, cuando su arte les procuraba crédito y riquezas, no se formarían muchos de los nacionales que entonces florecian? Tal vez salieron algunos de su escuela, mientras que á todos era dado estudiar sus buenas máximas en las obras que salian á porfia de Madrid, Barcelona, Sevilla y Zaragoza. Como dig-

nos émulos ó felices imitadores de estos extranjeros pueden considerarse, entre otros, Juan Menendez, que al empezar el siglo XVII grababa en Sevilla con espíritu y limpieza la portada del libro de Flavio Lucio Dextro, comentado por Rodrigo Caro; Bartolomé Arteaga, autor del escudo de armas del conde-duque de Olivares para adornar el panegírico de la pintura, dedicado por su autor á este personaje en 1627; Juan Felipe, grabador en Valencia, cuyas estampas respiran franqueza, desenfado y buen efecto; Pedro Campolargo, conocido por sus paisajes al buril tocados con el agua fuerte; Martin Rodriguez, dado á producir menudas estampas de devocion; Juan Valles, que poseía un buril dulce y fácil; Francisco Navarro, á quien se deben varias portadas de libros, de ingeniosa composicion y buen efecto; Francisco Gazan, del cual ha llegado hasta nosotros el retrato de D. Francisco de Quevedo; el licenciado Pedro Gutierrez, cuyas obras se distinguen por la firmeza é igualdad del buril, y el dibujo segun en su tiempo se comprendia; Diego Obregon, altamente acreditado entre sus compatriotas, como ninguno laborioso, y fecundo en portadas de libros y menudas estampas de santas imágenes; finalmente, Pedro Villafranca Malagon, quizá el que llevó más lejos el arte en España durante los últimos años del siglo XVII, si se exceptúan algunos extranjeros sus comprofesores. Asiduo en el trabajo, franco en la ejecucion, diestro en el rayado, si bien con poca variedad, obtuvo la honra de que Felipe IV le nombrase su grabador de cámara, y supo merecerla. Son de su mano las láminas del panteon del Escorial, concluidas en 1657; los retratos de D. José Casanova, el cardenal D. Baltasar Moscoso, doña Beatriz de Silveira, el venerable don Juan de Palafox, Calderon de la Barca, doña Ana de Austria, Felipe IV y Carlos II, así como tambien las portadas de varios libros.

Si por el número de los grabadores y de las obras que produjeron se hubiese de valuar el mérito de su arte en esta época, á mucha altura seria preciso colocarle; pero al valor que las letras le concedian asociándole á sus empresas, á la predileccion que el público le acordaba, no correspondian ciertamente sus adelantos, más enca-

recidos que de alta valía. Faltábale mucho para alcanzar la perfección á que llegó bastante despues, siendo su grandeza, como la del Estado, más aparente que sólida. Seguía una carrera harto difícil, de cuyo término se hallaba todavía muy distante, lento el progreso y penoso el aprendizaje. Necesitaba adquirir mayor experiencia, otro conocimiento de las diversas combinaciones del rayado, otro efecto pintoresco, otro brío y lozanía, mejor elección en los modelos, por lo comun de escaso mérito; asuntos históricos que levantasen la inspiración, dando lugar á grandes escenas y levantados pensamientos. Era limpio, pero generalmente desmayado y lánguido; detenido, pero sin fuerza. Buscó la delicadeza, y la encontró á menudo, pero falto de espíritu y de brío. En el conjunto de sus composiciones, por lo comun bien dispuestas é ingeniosas, descubriase el carácter de la época, la travesura sutil de Góngora y Quevedo, los quebradizos conceptos del culteranismo, el dibujo, la sencillez y la verdad del pintor naturalista, el misticismo que le alentaba.

La nación que tremola sobre los muros de Granada el pendon desplegado en Covadonga; que al través de las tempestades y superior á los presentimientos fatídicos, arranca del seno de los mares nunca surcados un nuevo hemisferio: que triunfa en Lepanto, San Quintín y Pavia; que admira á Trento con sus teólogos y á todos los pueblos cultos con sus historiadores y jurisconsultos, sus profundos hombres de Estado y sus esforzados capitanes, no encuentra entonces para tanta gloria un solo recuerdo en el grabado. Y es que tímido ó modesto en demasía, desconoce por ventura todo el alcance de los propios recursos; es que una opinión más poderosa que su voluntad y sus aspiraciones, solo le exige estampas devotas, portadas de libros, y retratos de personajes ilustres. Por fortuna no está lejano el día en que con otro arrojo y confianza levante su vuelo y pida á la historia altos ejemplos de virtud y de heroísmo, y á los grandes pintores sus más sublimes inspiraciones para reproducirlas.

Mientras tanto, D. Juan Bernabé Palomino, nacido para cultivar el grabado, le da nuevo impulso, le saca de los estrechos límites á que le habia reducido una ciega rutina, y si no alcanza, prepara

por lo ménos los triunfos que le aguardan, cuando al compás de Churriguera sucede el de Rodriguez, y al licencioso pincel de los discipulos de Hovasse, Vanloo, Procacini y Bambitelli, el delicado y pastoso del pintor filósofo D. Rafael Mengs. Dichosamente consagrando Palomino su existencia toda entera al arte que le enaltece, no procede desde bien temprano sin un guia seguro; sin modelos clásicos que fecunden su ingenio. Los grabados de Edelink, Debret, Peilli y otros burilistas no ménos célebres, recorren entonces la Europa, llevando consigo la fama de sus autores, las máximas que aseguran su merecido crédito y las prácticas que las justifican, allegando la delicadeza á la fuerza, las ilusiones del claro-oscuro al mecanismo que le produce sobre las planchas de cobre y de acero, y el efecto pintoresco á la franqueza de una ejecucion desembarazada y limpia. Palomino estudia estos grandes modelos, comprende el espíritu que los produjo, deduce de su exámen las teorías y las prácticas que no encuentra en su patria, y á fuerza de aplicacion y de ingenio conquista, si no la gloria de igualarlos, á lo ménos la de superar á todos sus antecesores. Una larga vida, una constancia nunca quebrantada por los obstáculos, una laboriosidad de que hay pocos ejemplos, la experiencia que inspira la confianza y la meditacion que madura los conceptos, le dan entre sus compatriotas la primacia del arte, y con ella más obras de las que puede ejecutar. No descansa un buril solicitado igualmente de las casas religiosas, de los literatos y de los grandes. Así es como salen de sus prensas las reducidas é infinitas estampas devotas que pululan por todas partes; las de mayor tamaño y con mayor esmero terminadas, de San Isidro segun el original de Carreño, una de sus mejores obras; de San Pedro en las cadenas conforme al cuadro pintado por Roelas; de San Bruno, copia feliz de la estátua ejecutada en mármol por Pereira; los retratos, en fin, de Isabel Farnesio en pliego de á folio, y el del cardenal Valenti Gonzaga de la misma marca, tal vez de un mérito superior á cuanto ha salido de sus manos: que si en la venerable cabeza de este prelado, llena de expresion y de verdad, y en algunos de sus accesorios diligentemente concluidos hu-

biese puesto mayor variedad de líneas combinadas con otro arte, bien pudiera esta lámina, ya tan digna de aprecio, confundirse con las mejores de los burilistas más acreditados de su tiempo. En muchas condiciones las iguala, si en otras aparece todavía inferior á ellas. Nada tan delicado y sutil, de tan prolijo y esmerado trabajo como los finísimos encajes de la sobrepelliz del cardenal, que ligeros y transparentes solo esperan una brisa para moverse sobre el ropaje que engalana. Palomino no llevará por eso el arte al alto grado de perfección que ya entonces alcanza en Francia y que conseguirá después en España. Dibuja sin notables desvíos, pero sin la grandiosidad y corrección de los clásicos: detenido y esmerado, cuenta con un buril seguro y certero, pero tímido é irresoluto: ama la morbididad y la blandura, y al procurarlas toca á veces en el afeminamiento: obedece la mano á la fantasía, y con todo eso su rayado ni ofrece todas las combinaciones de que es susceptible, ni la agradable variedad que, evitando la monotonía, da mayor relieve á los objetos, y á la ejecución más brio y desenfado. Nunca, con todo eso, se negará sin injusticia á este artista el mérito de superar á todos los profesores españoles sus contemporáneos, y de haber allanado la senda que después siguió Carmona con tanta gloria. No inaugura, prepara la reforma del arte, la anuncia; da en ella los primeros pasos, y la facilita con el ejemplo de su laboriosidad y constancia.

Entonces aparece á su lado y secunda sus esfuerzos el burilista francés Carlos Flipart, discípulo de Wagner, altamente acreditado en su patria y en Italia, y traído á España por Fernando VI en el año de 1750. Más profano en la elección de los asuntos que los artistas españoles sus contemporáneos, sin tributar como ellos un culto casi exclusivo al misticismo, seculariza, por decirlo así, el arte, buscando para él en la fábula y las costumbres de la época nuevas y peregrinas escenas que su buril gracioso y ligero acierta á realizar con un atractivo y una expresión bastante á disimular la falta de nervio y de variedad en el rayado. Así lo comprueban los retratos de Fernando VI y de la reina Bárbara, la lámina que representa unas máscaras pantomímicas, y la de Venus recostada teniendo á su lado á

Cupido; risueñas y animadas inspiraciones, entonces de todos celebradas, y que hoy mismo examinan con interés los inteligentes, por más que reconozcan la superioridad de otras posteriores.

Contemporáneos de Flipart, y como imitadores de Palomino, figuran no á tanta altura dos burilistas que procuran acercársele en la limpieza, el tono y el sistema del rayado. Tales son el aragonés Don Carlos Casanova y su hijo D. Francisco. Son del primero los planos y figuras de los viajes de D. Jorge Juan y de Ulloa; el San Agustín, copiado del cuadro original de D. Sebastian de Herrera, y el retrato de Fray Miguel de San José: produjo el segundo la estampa de San Emigdio, grabada con dulzura y el dibujo poco castizo de la época. Otros muchos grabadores florecen en ella de un mérito inferior, y cuyas obras no son de bastante precio para llevar el arte más lejos.

Mientras que así aparece el grabado al buril desde los primeros años del siglo XVII, alcanza el del agua fuerte mayor desarrollo y perfeccion. Le emplean como á porfía los pintores más acreditados para dar á conocer sus principales inspiraciones. Las pocas estampas de esta clase que aún se conservan, bastan para hacernos formar cabal idea de su mérito. Le tienen muy grande las de Ribera, tan raras hoy y tan buscadas por su vigorosa entonacion, su fuerza de claro-oscuro y su efecto pintoresco. Numerosas son las producidas con el mismo método por el flamenco Cornelio Schut, vecindado entre nosotros; Vicente Carducho, Lucas Jordan, Leonardo, Pedro Rodriguez, Francisco Arteaga, Andrés de Medina, Valdés Leal, Francisco Fernandez, Pedro de Obregon, Villafranca, García y otros.

Como una adquisicion inapreciable y una rara curiosidad de muy pocos conocida, se consideran las dos estampas de Murillo que representan á San Francisco y á la Virgen con el niño: en ellas se trasluce el tierno misticismo, la dulce pastosidad y la gracia nativa de su pincel divino. Un ejemplar existe tambien de los que con notable desenfado grabó Claudio Coello para un libro de teología. Son igualmente apreciadas las de Francisco Herrera, ejecutadas con punta viva y brillantez, las de José Suarez, y los risueños países de Campolargo y Vargas, llenos de frescura y lozania. Honrosa memoria

merecen tambien el pintor granadino Chavarito y el canónigo valenciano Vicente Vitoria, á quien debemos la reproduccion de la célebre Madona de Foligno, una de las más admirables inspiraciones de Rafael de Urbino.

Como rivalizando con los grabadores de Valencia que tanta disposicion manifestaron en el manejo de la punta seca y del agua fuerte, produjo Aragon, entre otros de no escaso mérito, á Valles, Gregorio de Mena, Zuanel y los Agüesa, grandemente acreditados por sus menudas estampas de devocion, por los escudos de armas exornados de figuras y cartelas, y por las caprichosas y ricas portadas de algunos libros, todas revelando ingenio y fecunda inventiva.

Cuánto se habia extendido esta clase de grabado en el siglo XVII, y cómo le hiciera de moda su misma facilidad y buen efecto, puede inferirse del empeño con que le cultivaban hasta las personas que por su elevada posicion social solo podian considerar el arte como un grato recreo y un bello ornato. Aún existe un ejemplar de la reducida y curiosa lámina grabada en Zaragoza por D. Juan de Austria, discípulo en la pintura de Jusepe Martínez, y aún se conservan pruebas de que ni la edad ni el sexo eran parte á desviar las vocaciones particulares de un arte que tanto cautivaba entonces las voluntades. Así es como se explica que la niña Teresa Agüesa, á la tierna edad de nueve años, hubiese grabado al agua fuerte en 1663, la bella imágen de San Antonio, en una hoja en cuarto, con toda la destreza y valentia de un profesor encanecido en el ejercicio de su arte.

Al terminar esta breve reseña, donde solo nos ha sido posible emplear algunos rasgos generales y muy ligeras indicaciones, tocamos ya aquella época notable para la politica y las letras en que recobrando la nacion exánime su carácter enérgico, y con él las fuerzas agotadas en cien años de no merecidos infortunios, se muestra digna de su antigua fama y de los respetos de Europa, que no alcanza á conciliar la rapidez de su pronta y gloriosa restauracion con su reciente abatimiento. A los sombríos temores y soñados hechizos del pusilánime y enfermizo Carlos II, suceden los triunfos y altas

pretensiones, la resolución y energía de Felipe V el Animoso: á las livianas tareas castuistas y sus pueriles controversias, los escritos luminosos de Macanaz y Feijóo, D. Jorge Juan y Martin Martínez, Carvajal y Lancaster y Montiano: á la dialéctica sutil y revesada sofisticamente pendenciera del escolasticismo, el método experimental de Bacon y los sistemas filosóficos de Descartes y Malebranche: á una literatura degenerada y pobre despues de haberse mostrado tan fecunda y rica, la clásica del reinado de Luis XIV, engrandecida con las inspiraciones de Fenelon y de Bossuet, de Corneille y de Racine, de Pascal y Labruyere. ¿Cómo este cambio feliz en las ideas, en las vocaciones, en el Gobierno, no produciria otro igualmente provechoso en las artes de imitacion? Y cuando las vivifica y regenera, ¿no llegará su benéfica influencia al grabado, que con ellas se hermana y participa de su espíritu y se consagra á reproducir sus más preciadas creaciones? Imposible: el grabado, cediendo á tan poderoso impulso, no puede permanecer estacionado. Cambia tambien de faz y de destino, viniendo á reanimarle entre nosotros el progreso que ha conseguido ya en las naciones más cultas. Inauguran este brillante periodo de su existencia talentos tan fecundos y cultivados como los Carmona, Selma, Ametller y Enguidanos. Hermanando las teorías con las mejores prácticas, y alentados por el resultado mismo de sus aplaudidos trabajos, al procurarles nuevo esplendor extienden sus limites y sus aplicaciones, y con ellas la gloria de la Academia. De su seno salieron estos célebres artistas; con sus estímulos perfeccionaron los primeros y tímidos ensayos que, revelando un ingenio creador, los condujeron despues á las escuelas de los grandes maestros de Europa para hacer suyas sus teorías y sus prácticas y emular su merecida nombradía. ¡Ah! ¡si como la Academia reconoce y aplaude con noble orgullo su distinguido mérito, si como nada ha perdonado para realzarle, signiese en su progresivo desarrollo el arte difícil que tanto honraron ofreciendo en su historia á nuestra estudiosa juventud dechados de aplicacion y de ingenio, y memorables ejemplos para fecundar su espíritu y alentarle en su vocacion y sus tareas! Séanos permitido esperar de Cuerpo tan ilustrado, la rea-

lizacion de una empresa que así se aviene con su instituto y sus miras patrióticas. Ella le dará mayores derechos á la gratitud pública, siendo para las artes un nuevo timbre, para sus apasionados una enseñanza y un estímulo, y para la nacion entera un comprobante más de su civilizacion y cultura.

He dicho.